

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 226

Valencia, 15 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

### SOBRE EL HIERRO Y EL FUEGO

## EL MAS ALTO TRIBUNAL

La más convincente demostración de la necesidad de los Tribunales de Justicia es su aborrecimiento por parte de los criminales. La mejor prueba de la conveniencia y eficacia de una Sociedad de Naciones es que se niegan a prestarle su apoyo y colaboración aquellas que, sistemáticamente, quebrantan los principios y las leyes del Derecho Internacional.

¡De cuántos ataques, de cuántos improperios y burlas ha sido y es objeto esta Institución, que representa la primera tentativa para constituir un Estado superior y humano! Se la ha juzgado como si en realidad estuviese definitivamente constituida, como si todos los Gobiernos del mundo la apoyasen y no le opusiesen la fuerza y la astucia. Sus choques con la realidad actual y sólo actual, han sido declarados, prematuramente, fracasos; sus vacilaciones ante los riesgos de una conflagración europea, confesiones de impotencia y de nulidad, cual si en la historia de los hombres y de los pueblos nunca hubiera habido una sola idea de progreso, una iniciativa inspirada en los dictados de humanidad que no hubiese tropezado con las pasiones individuales y los bastardos intereses colectivos y como si todo generoso esfuerzo naciente no hubiese tenido que soportar el peso del lastre herrumboso de la de la rutina y de las tradiciones empíricas y todo avance en una dirección no hubiera sido dificultado por la velocidad adquirida en sentido contrario, por la ley de inercia.

Pero la Sociedad de Naciones, para un porvenir más o menos lejano, fué ya entrevista por nuestro Francisco de Vitoria, como lo fué más tarde por toda la pléyade krausista que, desde mediados del pasado siglo, siguió las enseñanzas de Sanz del Río, de don Fernando de Castro, de Giner, de Alfredo Calderón y de muchos varones austeros e inclitos que, exentos de toda mira personal egoísta y mirándolo todo sobre lo contingente y fugaz y en identificación con lo Eterno inmutable, buscaron el consorcio de lo real con lo puramente ideal, del pensamiento y de la vida, con un espíritu verdaderamente religioso, en la más alta significación del vocablo. Tal aspiración les valió el odio de los fariseos que intentaban, como el Padre Mir contestando a Draper, la desaparición del conflicto entre la Ciencia y la Religión, con la desaparición de la primera y su sustitución por una teología arcaica, que nunca tuvo en cuenta la vida sino para sacrificarla en aras de la de ultratumba, prestando, de paso, su apoyo a todas las injusticias y explotaciones, ante las cuales no aconsejó a los oprimidos sino la pasiva resignación. El krausismo demostraba que la Moral no era patrimonio de los dogmas y que podía existir, como mucho después probó el nunca bastante llorado Guyau, «sin obligación ni sanción». De este modo asignó a todos los organismos un fin jurídico y ético y proclamó la necesidad del Estado Superior Humano, es decir, de una Sociedad de Naciones, con leyes universales y poder coercitivo para hacerlas cumplir.

Sin este organismo, constituido en una u otra forma (que no hemos de declarar definitiva e intangible la actual), el Derecho Internacional no lo será jamás sino de nombre, pese a los nobles esfuerzos de los tratadistas, aun siendo tan sensibles a la injusticia como doña Concepción Arenal. Sus trabajos no pueden pasar

de meras elucubraciones teóricas. Los Tratados internacionales son violados por los fuertes y no hay otro medio de impedirlo que la unión de todos los pueblos, para que las infracciones en daño de uno sean consideradas como verdaderos delitos en perjuicio de todos.

La Sociedad de Naciones actual ha conseguido ya evitar muchas guerras y orientar a algunos gobiernos en sentido humanitario y rigurosamente racional. Pero ha fallado en los resultados que esperaba, ante la oposición de las naciones más fuertes y poderosas, que han cuidado de emplear todos sus recursos en preparar la guerra, condenando a sus súbditos al hambre y el atraso mental. Estos fracasos no pueden durar siempre. Los hombres más ilustres y de sentimientos más puros de todos los países acabarán por dotar a la Sociedad de Naciones, sobre todo cuando los pueblos y no las clases llamadas «superiores» sean los que envíen a ellas sus representantes, de una fuerza coactiva que será incontrastable y que afirmará de modo perdurable la paz en la tierra.

Llegarán muy pronto los tiempos y la actual Asamblea ahora convocada es para ellos el primer avance en que nada valdrán contra sus decisiones las habilidades diplomáticas de un Richelieu, de un Fernando el Católico, de un Meternich, de un Palmerstone de un Bismarck o de un Beauconsfield, y menos las bravatas de un Hitler o de un Mussolini. La unión es la fuerza y nadie puede lisonjearse de poder imponer su criterio a todos. Para alcanzar este fin de paz y convivencia es absolutamente necesario que, en vez de desprestigiar y vilipendiar a la Sociedad de Naciones, todo el mundo le preste su apoyo, lo mismo las naciones grandes que las pequeñas. No hay fuerza, por mínima y despreciable que parezca que, unida a otras, no tenga valor inapreciable. Recordemos que no son los enormes monstruos de los mares, sino los invisibles infusorios, los que forman en ellos las islas de coral. Todos unidos contra los provocadores, contra los impulsivos, contra los destructores de campos y ciudades, contra los homicidas y asesinos de mujeres y niños. Unidos todos, advendrán los tiempos soñados hoy que la Sociedad de Naciones será no solamente el organismo que evitará las guerras, sino que impondrá en todas partes los postulados de la Higiene en materia de Sanidad, los de la enseñanza, en la cultura, los de la equidad en lo referente al trabajo y los Derechos intangibles de la Personalidad en todas las Constituciones. Todo esto no es un sueño; lo es más bien el suponer que la barbarie y la ciega ambición de unos cuantos déspotas puede y debe acabar en unos años con las conquistas realizadas por el pensamiento, la constancia y el trabajo de muchas generaciones durante siglos.

ANTONIO ZOZAYA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

En la página siguiente:

### El discurso del miedo

## El representante de las juventudes católicodemócratas de Alemania, Loewenstein, dirige una expresiva carta al alcalde de Madrid

MADRID, 13. — El alcalde de Madrid ha recibido la siguiente carta, fechada en Barcelona el 7 de septiembre:

«Señor alcalde: Antes de dejar España me permito expresarle mi más sincero agradecimiento por la cariñosa acogida que me hizo en Madrid. Estoy satisfecho de haber podido ver su heroica villa, que defiende las libertades humanas. El nombre de Madrid es hoy el símbolo mundial para todos aquellos que no quieren ser esclavos, y yo le prometo, señor alcalde, que haré todo lo que pueda para ayudar su causa, que es la de mi propio país, encadenado por las aventuras criminales.

Le ruego, señor alcalde, tenga a bien hacer presente al pueblo de Madrid el deseo más caluroso de su victoria, deseo que le transmito, no sólo en mi nombre, sino también en el de las juventudes católicas-demócratas de Alemania, que he tenido el honor de representar durante mi estancia en Madrid. —Loewenstein.» — Febus.

### LA INTELIGENCIA DEL FASCISMO

## Los generales sin honor, doctores "honoris causa"

Miguel Primo de Rivera, señorito y dictador, marcó el precedente. Desterró a Unamuno y se hizo nombrar doctor «honoris causa» en la Universidad de Salamanca. Ahora es Franco quien recibe el título honorífico de la Universidad de Valladolid. Tampoco ahora está presente Unamuno. Tampoco ahora hay testigos inteligentes ni filosóficas sonrisas que enturbien la solemne ceremonia. Millán Astray, inválido por accidente, de los cuatro costados, inválido cerebral de nacimiento, ha dado el grito de gloria: «¡Muera la inteligencia!» Pero la inteligencia, si es enfermedad incurable, no es enfermedad mortal. Al cabo, el propio generalísimo, que parecía inmunizado e inasequible al dichoso virus, ha sido tocado, aunque de refilón, por tan inusitada dolencia. No es que haya recobrado el juicio, pero su nueva locura consiste en verse consagrado «intelligentísimo» h. c. por las Universidades de España. Hay que demostrar al mundo, entre risas y llantos, que la Santa Causa que defiende Franco no es tan santa y del otro mundo como se dijo en un principio, sino que en la España «nacional ha entrado el racionalismo. Nada importa que bajo la tiranía de los ex generales sin honor haya caído un poeta: García Lorca; haya caído un catedrático, rector de la Universidad de Oviedo: Alas Argüelles. Nada importa que las calles de Bilbao se iluminen de hogueras literarias, ni que la Universidad cervantina de Alcalá se incendie a mansalva por unos pilotos «doctores honoris causa» en los aeródromos de Düsseldorf. El generalísimo necesita un título académico, aunque sea logrado en un Paraninfo vacío. Las Universidades de la zona «liberada» son actualmente cárceles o cuarteles. Faltan todos los días a las clases los mejores profesores y los mejores alumnos. Faltarán siempre porque ya han visto y han aprendido en la retaguardia facciosa cuanto les quedaba por sufrir y ver.

Escuchando sus propios pasos fúnebres que resuenan a hueco en las paredes del claustro vallisoletano, el generalísimo pasea arriba —¡arriba España!— y abajo —abajo las esperanzas de victoria!— su título honorífico recién hurtado.

Queipo de Llano también está contento, también va a recibir un título honorario. El «A B C» de Sevilla del día 27 de agosto da la noticia sensacional y pintoresca:

«Granada. — Se ha reunido la Junta directiva de la Asociación de la Prensa, de esta capital, acordando por unanimidad, nombrar presidente honorario y predilecto de la misma al excelentísimo general jefe del Ejército del Sur, don Gonzalo Queipo de Llano, quien, con sus magníficas charlas por radio, ha demostrado poseer «cualidades periodísticas excepcionales», además de contribuir con ellas a mantener en los españoles el entusiasmo patriótico y la fe ciega en el triunfo de manera constante. Dicho acuerdo se participará al ilustre salvador de Andalucía por medio de un artístico pergamino.

N. de la R. — Idéntico acuerdo han adoptado recientemente las Asociaciones de la Prensa de Huelva, Jerez, Sevilla y Málaga.»

Hitler dijo recientemente a los nazis que los alemanes volvían a tener honor.

Los fascistas españoles pretenden ahora devolver su honor a los generales que lo perdieron en una mañana de julio. Mussolini, pirata de altos vuelos sobre el mar Mediterráneo, no entiende este juego de niños. El «duce» les ha dicho a los italianos y al mundo entero que la victoria de Santander es lavanza de la derrota de Guadalajara. No tardará la Universidad de la Magdalena en nombrarle invasor honorífico.



# EL DISCURSO DEL MIEDO

## Hitler en Nuremberg

El antifascismo no necesita de propaganda. En su propia esencia—en su virtud de oposición a la crueldad estúpida, grotesca y bárbara—residen las virtudes de su catequesis. Pero si el antifascismo necesitara de los resortes propagandísticos para atraerse prosélitos, hallaría ahora una ocasión singularísima, convirtiéndose en el altavoz que difundiera y propagara a todos los vientos el descomunal, colosal, ciclópeo, y, a la vez, insignificante discurso que acaba de pronunciar Hitler en la sesión de clausura del IX Congreso del Partido nacionalsocialista alemán, celebrado en Nuremberg el día 13 del mes en curso.

Porque la verborrea incoercible del *führer* ha estado a punto de desarticular el orbe con sus estentóreos alardes de la *ultravoluntad supergermana*.

La megalomanía de Hitler trepa a la cúspide de todos los delirios. El aniquilador de Alemania—que quiere aglutinarlo todo, para decapitarlo todo, mediante un solo golpe de hacha—dice, desde el pedestal de su ufanía de irresponsable, de acéfalo, los más incongruentes disparates.

En primer término, Hitler engola la voz y le cuenta al mundo, para que se entere, que la ceremonia de Nuremberg ha suspendido y pasado a todo el Universo. «Cientos de miles de personas han asistido a ella personalmente, y millones, en el país y en el extranjero, han participado con espíritu y con atención». El acto—según Hitler—no tiene precedente. «No hubo antes cosa parecida». Porque «no existen modelos para el Congreso del Partido. Es una propiedad exclusiva del partido nacionalsocialista». Y es que «el Congreso del Partido realiza la síntesis: fuerza, belleza, espíritu».

Estas palabras, que parece que las dijo en serio Hitler, las podía haber dicho, y quizás las haya dicho, en su tiempo, y con su verdadera intención, con intención o entonación humorística, nada menos que Heine. No puede hacerse una sátira más acerba de lo típico o específicamente alemán. Porque lo típico o específicamente alemán lo constituye, como todo el mundo sabe, o debe saberlo, la conjunción de la fuerza, la belleza y el espíritu. Sobre todo, si se trata del espíritu de la nueva Alemania, que, según dictamen del mesiánico *führer*, «no tiene nada que ver con el patriotismo superficial de los años precedentes, que no era más que apariencia».

Pero lo que ya raya en lo inefable, es saber, y saber por boca de Hitler, lo que «será Alemania». El singular dictador nos lo dice: «Hombres duros y orgullosos, mujeres graciosas y bellas; esto será Alemania...» ¡Con qué fruición se degustan estas expresiones, imaginando las delicadezas de esas mujeres alemanas henchidas de *delikatessen* y de salchichas lipotróficas, confeccionadas con magro sintético, extraído del alquitrán de hulla! Y en cuanto a lo de los hombres duros y orgullosos, la *arrogancia española* se sonríe, desde su pobreza actual, compadeciéndose de los blandengues, rebaños y serviles y rubicundos alemanes.

El foráneo ultra-alemán afirma luego que su Alemania, la Alemania de hoy, «no es una resurrección de la antigua Alemania. No; jamás Alemania ha estado así».

Estas afirmaciones de Hitler se sostienen y se alaban por sí solas. En efecto: jamás Alemania ha estado así; tan desasistida de genios y de ingenios. Tan escarnecida. Tan

inerte. No. La Alemania nazi no es la resurrección de la antigua Alemania. En su seno no han resucitado aún, ni es de esperar que resuciten, ni Goethe, ni Heine, ni Schiller, ni Wagner, ni Ehrlich...

Pero eso no importa. A Hitler no le importa. Según él, el pueblo alemán se yergue en una ultratelúrica exaltación de unanimidad prodigiosa. ¿Que quién hizo el milagro? El mismo. El antiguo pintor, con su brocha gorda, abocetó, como buen extranjero, en tres brochazos, la Alemania legítima.

El caso resulta increíble, incluso para el propio *führer*, que lo confiesa así, paladinamente. Copiemos sus palabras: «En los tiempos del indolente liberalismo, esta exaltación de todo un pueblo, no hubiera sido posible».

Sigamos escuchándole: «Si se piensa en los días de 1914, se llega a la conclusión de que las consecuencias de una victoria alemana en aquella guerra hubieran sido probablemente muy malas para Alemania». Porque «el Estado de entonces, fundado exclusivamente sobre su fuerza militar, no habría escapado a su destrucción».

¿Quién osa comentar estas palabras, tan cínicamente candorosas, o tan candorosamente cínicas?

Pero esto aún no es nada. Hitler, además de ex pintor, de ex cabo del ejército, de líder, de psicólogo y de... etc., es un Hipócrates internacional, que diagnostica y receta.

Ha descubierto una nueva enfermedad, a la que rotula descomunal o colosalmente «la gran peste de los pueblos». Y puntualiza: «No se trata de una enfermedad rusa o española...». No. Se trata de un morbo de extensa e histórica incubación, que ahora se exterioriza y amenaza propagarse a todo el mundo. Se trata, en fin, de una feroz *pandemia*, a la cual sólo son inmunes, por ahora, los alemanes y los italianos, según dice el *führer*, y un poco los portugueses, aunque él no lo diga.

En cuanto a las democracias... Las democracias están sucumbiendo sin darse cuenta al terrible contagio. Porque la peste mundial o internacional es muy virulenta. Y, según Hitler, hay que acabar con todos los portadores de bacilos. «La infección de un Estado puede ser decisiva para todos los demás. Y así como no se puede dejar niños sanos junto a niños enfermos, tampoco puede existir una convivencia sana de los Estados europeos, si uno de ellos está contagiado por la peste». Y Hitler, que es un nuevo Herodes, resuelve, de un solo golpe, como buen verdugo, el problema: hay que acabar con todos los niños enfermos. Esto es, con todos los que a él, que es un ente patológico de mayor cuantía, se le antojan enfermos.

«El nacionalsocialismo ha puesto en el punto central de su obra de construcción al pueblo y lo popular».

El «punto central» de la obra nazi lo constituyen los campos de concentración, y en ellos ha encerrado Hitler, en efecto, al verdadero pueblo alemán.

«Una minoría judía se aseguró el poder por el tortuoso camino de la llamada *dictadura del proletariado* y expulsó a los verdaderos rusos».

Hitler nos descubre en este párrafo que los 160 millones de personas que ocupan el territorio de la U. R. S. S. no son rusas, sino judías. Los «verdaderos rusos» eran, sin duda, Trotsky y sus secuaces. Por el solo hecho de llamarse León Davidovich Bronstein, Hitler le hu-

biera expulsado también de Alemania.

«El núcleo racial judío tiene su punto de apoyo en Rusia, y se ha convertido en un problema mundial que se resolverá porque ha de ser resuelto».

Lo que no explica el orador, es cómo ha de resolverse, y no porque lo ignore, sino porque teme el «crac» en que han de caer él y su cuadrilla.

«En todo lo que exige un verdadero trabajo constructivo, los judíos siempre han sido unos verdaderos incapaces. Es maravillosa la forma cómo el nacionalsocialismo se ha quitado de encima estos parásitos arrogantes».

Sin querer hacer aquí la apología del semita, recordaremos solamente que 23 premios Nobel (Hitler ha hecho renunciar a sus escavos a la mano de doña Leonor), han sido expulsados de Alemania por ser hebreos. Y que Piscator, que es, asimismo, judío, renovó el teatro alemán, cosa que no han conseguido los nazis, a pesar de su gran deseo por crear una escena nacionalsocialista.

En cuanto a la forma de quitarse de encima a los «parásitos», ha sido realmente maravillosa; tampoco tiene precedente. A lo más que se había llegado era a la expulsión o al *pogrom* aislado. Los nazis han instaurado el *pogrom* permanente, el asesinato en masa, no sólo de los judíos, sino también de los católicos.

«Y por todas partes, en Alemania, en Hungría, en Austria, donde ha habido revoluciones, y hoy en España, hay judíos a la cabeza».

Las alucinaciones de este peligroso demente que sojuzga Alemania, consisten en ver judíos por todas partes y a todas horas. Si en España hay judíos a la cabeza de algo, es al frente de la traición, pues el propio Ludendorff—poco sospechoso para los nazis—advirtió en su revista «Am heiliger Quelle der deutscher Kraft», que Franco tenía todos los rasgos faciales de la raza semita.

«En España también el bolchevismo ha provocado la revolución,

según su método conocido y patentado. Es mentira llamar a la España democrática la verdadera España».

Lo que es una mentira es atribuir a otros que no sean los militares sublevados el comienzo de la guerra. Como no sea a los propios súbditos de la Alemania nazi.

«15.000 alemanes—continúa Hitler—tuvieron que huir cuando la revolución estalló en España». Ni el *führer* todopoderoso ni el Dios alemán creado por el nazismo, pudieron estar, aquellos días de actividad febril, en todas partes. Si Hitler dispuso el momento de la sublevación militar española, no pudo avisar a tiempo la fecha puntual a los miles de alemanes que, sin duda, ejercían en España el espionaje y que se vieron sorprendidos una mañana funesta. «Sus casas fueron quemadas—miente el *führer*—, sus escuelas destruidas, los bienes adquiridos por su laborioso trabajo se perdieron». Para vengar estos fingidos ataques, Alemania «no se ha dirigido a la Sociedad de Naciones», Alemania ha preferido reemplazar a los miles de súbditos imaginarios por reales y tangibles «voluntarios». No ha acudido a la Sociedad de Naciones. Se ha dirigido directamente a Durango, a Guernica, a Aleria. Para sofocar el fuego prendido por su culpa, ha enviado a los facciosos españoles bombas incendiarias. En la hoguera española se proponía quemar la cultura hispana. «Pertenece—ha dicho— a la comunidad de la cultura europea, a pesar de todo», a pesar—debió seguir—de nuestra fidelidad intachable en el cumplimiento de todos los tratados y pactos internacionales.

Hitler teme como a su turbia conciencia al blanco fantasma del bolchevismo. Alemania no quiere quedarse sola con su miedo. «Es un reproche loco el que se nos hace de querer aislarnos económicamente». Eso nunca; Alemania necesita ayuda, pero Alemania necesita ser la «protectora» de Europa entera. Sólo hay un obstáculo cruzado en su camino. «La camarilla de los criminales moscovitas tiene la desfa-

chatez de dominar a Europa. Pero Moscú queda Moscú, y nuestra capital se llama Berlín. Alemania será siempre Alemania». Esa es su pena. Alemania, que ha sido «salvada» por el nacionalsocialismo «de la dominación de la hez de los literatos judíos» no podía ser nunca más que una nación guerrera, agresiva y torpe; sin el talento de los judíos ni la gracia de los gitanos. «El mundo recordará—suspira Hitler— que hemos sido buenos soldados y que hoy somos todavía mejores soldados; puede creernos». Hitler se lamenta del escepticismo mundial. Escepticismo explicable e inevitable. Si el mundo no cree en que el *führer* sea el divino enviado para salvar la cultura, menos teme que sus ejércitos logren extinguirla. Tampoco la Alemania de hoy es una potencia militar como lo era en 1914. Y si el mundo recuerda... Precisamente la catástrofe de la contienda europea no se olvida tan pronto. El dictador alemán—dos veces falso por dictador y por pseudoalemán—quiere traer a la memoria de los que le escuchan sucesos más recientes. «Las bombas que han caído sobre el «Deutschland» no nos han herido sólo nominalmente. Han encontrado también la respuesta que de ahora en adelante daremos a toda agresión». De nuevo Hitler se vanagloria del bombardeo de Aleria. Avisa a las naciones que un dictador asustado es capaz de lo peor. Allí donde el *führer* sospeche la presencia de un judío, un ruso o un gitano, hará la máxima exhibición de su crueldad, de su debilidad en suma. Sus aspadientos por adelantado son risibles «la esperanza de los milenios se ha cumplido!» «¡La nación alemana ha logrado su Reich germánico!»

Estas han sido las últimas palabras del bético mesías. Pero la esperanza de los milenios aún no está cumplida. Falta para ello que las palabras de Hitler sean, por fin, las últimas.

**Este BOLETIN se reparte gratuitamente**

## ¡ARRIBA ALBAREDA!

Burgos es una ciudad triste. Las agujas de la Catedral no llegan al cielo, las tropas del generalísimo no entran en Madrid; ningún propósito alcanza un término feliz. La vieja ciudad se aburre en la espera inútil. Pero esta angustia mortal no ha de trascender al mundo. La Junta de Burgos se ha lanzado a la propaganda desperdigando por todos los países del globo los nombres sin nombradía y las personas sin personalidad con que para ello cuenta. En tierras de Colombia viven, para cantar las glorias de Franco, dos personajes ilustres: J. López y L. Abasolo. Estos dos prestigios de la España «nacional» constituyeron en Barranquilla una Junta pro-Gobierno de Burgos. Ahora piden auxilio. En una carta con membrete de «¡Arriba España!», que con fecha de 9 de agosto dirigen al delegado de Estado, Prensa y Propaganda, en Salamanca, cuentan sus penas: «Le agradeceremos—dicen—se sirva remitir a esta Junta todo el material de propaganda que les sea posible, pues los rojos residentes en esta localidad están desarrollando una propaganda formidable, con innumerables carteles y folletos que reciben de Valencia».

Se diría que la honrada verdad del Gobierno de Valencia está a pique de convencerlos a ellos mismos, Presidente y Secretario, respectivamente, de una Junta pro-Gobierno de Burgos, que lo primero que pide al Gobierno de Burgos es que se forme una Junta pro-López y Abasolo, pobres y desamparados mártires de la causa fascista.

¡Albricias, sin embargo! ¡Viva Franco Bahámonde! El refuerzo, pedido con angustias, ha embarcado ya, camino de Barranquilla. El personaje en cuestión es don Ginés Albareda. ¡Franco se salva! ¡Hitler se salva! ¡Mussolini se salva!... Albareda es... Albareda. ¿No saben ustedes quién es Albareda?

«Ha sido—añaden en su carta—un gran acierto el viaje del señor Albareda, ya que creemos que con su propaganda, atraiga a nuestra Santa Causa a mucho elemento colombiano, hoy partidario del Gobierno de Valencia, especialmente entre el elemento público, que en su casi totalidad es simpático de aquel Gobierno».

Los señores López y Abasolo luchan en vano contra la verdad. Ellos mismos reconocen el desvío del pueblo colombiano hacia la «santa» causa que ellos defienden. ¡Ah si pudieran hacer lo que el Gobierno legítimo de Valencia! Pero a ellos les falta—y de Burgos no se lo han de mandar—precisamente la razón y la legitimidad. Lo que hay que decir en Colombia y en todas partes es justamente lo que ellos pretenden ocultar. El Gobierno de Valencia no necesita carteles, «fotos» ni documentos, para demostrar que la invasión en España se lleva a cabo por ejércitos italianos y alemanes. Lo sabe todo el mundo. Lo saben, desde luego, en Barranquilla. Lo que tal vez ignoren allí es quién es este Ginés Albareda, nuevo y flamante emisario del «nacionalismo» burgalés, que les llega.



# Un mes de actividad de los piratas ¡Diez buques de guerra o un millón de aliados!

Por Ivor MONTAGU

GINEBRA. — Con el mayor desprecio del Derecho marítimo, del Derecho internacional, del Pacto de la Sociedad de Naciones y del Protocolo de Washington de 1922, barcos de guerra y aviones «desconocidos», aunque muy conocidos, pertenecientes a países que no han declarado la guerra a España, ni tampoco a otros Estados europeos, se entregan a una guerra de hecho en el Mediterráneo. Según la Ley, la actividad conjunta de los facciosos españoles y de los «desconocidos», constituye un acto de piratería. He aquí las «hazañas» que los piratas han podido llevar a cabo, alentados por la pasividad de las grandes potencias, la «decadencia de la moral internacional» y la falta de reacción ante las violaciones del derecho durante todo el mes de agosto de 1937.

1 de agosto. — La Jefatura de Orden Público de Barcelona comunica a la prensa que un barco, enarbolando un pabellón extranjero, fué atacado cerca de Canet de Mar, por aviones facciosos. (Noticia confirmada por el comunicado faccioso de 2-VIII).

5 de agosto. — La Junta de Salamanca no contesta a la nota del Gobierno inglés pidiendo la libertad del vapor de dicha nación «Molton», capturado por los facciosos en las costas de Santander.

6 de agosto. — El petrolero inglés «British Corporal» es bombardeado, durante su viaje a Argel, por aviones facciosos, que le arrojan 40 bombas.

6 de agosto. — El mismo día, y en la misma zona, delante de Argel, aviones facciosos bombardean al vapor francés «Djebel Amour».

7 de agosto. — El vapor griego «Klislahis» es bombardeado por un avión «desconocido», a 18 millas al oeste de Argel. El avión desconocido está al servicio de los facciosos.

8 de agosto. — Comunican de Argel que otro barco francés fué atacado, pero no sufrió ningún daño importante. Comunican además que un «crucero desconocido» navegaba por los alrededores.

9 de agosto. — Los oficiales y la tripulación del vapor griego «Gardelkuy», apresado por los facciosos, llegan a Gibraltar, procedentes de Algeciras. El barco, el cargamento y el capitán quedan detenidos en Ceuta.

10 de agosto. — Los facciosos no contestan a la nota del Gobierno inglés que reclamaba la devolución y pago de daños y perjuicios por la captura del «Molton», la devolución del «Candlestone Castle» y del «Merupane» y protestaba contra el bombardeo del «British Corporal».

10 de agosto. — Los facciosos suben en Las Palmas a bordo del barco francés «Maréchal Lyautey» y detienen a tres viajeros españoles.

10 de agosto. — Agentes facciosos roban en Ostende dos chalupas españolas.

11 de agosto. — El vapor español «Campeador» es bombardeado por un destructor «desconocido», que resulta ser italiano.

11 de agosto. — El vapor yugoeslavo «Plavink» es apresado entre Argel y Orán por el crucero faccioso «Canarias».

12 de agosto. — A consecuencia de una queja formulada por las autoridades españolas, las autoridades de Marsella detienen a unos espías franquistas, entre los que se encuentran un empleado de telégrafos, varios fascistas españoles y otros individuos pertenecientes al Partido Popular Francés y al Partido Social Francés. Los espías comunicaban a los piratas noticias de los barcos que habían de hundir. Estos espías están en relación con los de Biarritz de «Grande Frégate» y son los responsables del ataque (en el mes de julio) contra tres vapores españoles a la vista de Cran-du-roi.

12 de agosto. — El vapor «Edith», dinamarcués, es atacado y hundido por aviones facciosos, al sur de Barcelona.

12 de agosto. — Un vapor español de 6.000 toneladas es torpedeado a lo largo de Kelegia ((Cap Bon) por un barco de guerra «desconocido». Desaparecen 12 tripulantes.

12 de agosto. — Un avión faccioso deja caer dos bombas cerca del destructor británico «Foxhound». Tres chalupas facciosas lanzan varios obuses contra el mismo destructor.

13 de agosto. — El vapor francés «Paramé» es atacado frente a Túnez por un submarino «desconocido» que resulta ser italiano.

13 de agosto. — El vapor español «Conde Abasolo» es atacado en aguas de Pantelérie, por un destructor italiano.

14 de agosto. — El comunicado oficial de los facciosos de Salamanca anuncia que el 11 de agosto, los barcos de guerra de Franco capturaron al vapor inglés «Cater» al noroeste de Cabo Vidio. El comunicado confirma el ataque contra el vapor dinamarcués «Edith». Los dos barcos llevan a bordo representantes del Comité de Control.

14 de agosto. — El vapor panameño «George W. Mc. Knigh» es atacado en aguas de Túnez por «barcos de guerra de nacionalidad desconocida».

15 de agosto. — El vapor español «Ciudad de Cádiz», que se dirigía desde Valencia a Odessa, es hundido cerca de la isla de Tendes, a la entrada de los Dardanelos, por un submarino «desconocido».

16 de agosto. — Comunican de Bizerta que la tripulación del «George W. Mc. Knigh» declaró haber visto al contratorpedero italiano «C. G.» y a otros dos seguir a dicho barco hasta que apareció un submarino y disparó contra él. La tripulación del «Campeador» declara que el barco fué atacado por el destructor italiano «Saetta».

17 de agosto. — El cargo español «Mar negro» es torpedeado por un submarino «desconocido».

17 de agosto. — El cargo británico «City of Wellington» desembarca en Argel al capitán y a la tripulación, los cuales declaran que cerca de Sicilia habían sido perseguidos por aviones y barcos de guerra italianos y fueron por último atacados por un torpedero.

18 de agosto. — El vapor español «Armuro» es atacado, a la entrada de los Dardanelos, por un submarino «desconocido». El barco se hundió y la tripulación fué recogida por un vapor turco.

18 de agosto. — El cargo español «Aldecoa», después de ha-

El fantasma de Banquo. Hay una escena en «Macbeth», en la cual ese general da un banquete.

Los invitados están reunidos, pero hay lugares vacíos en la mesa. A poco, se deslizan entre los invitados, dos que han estado ocupados en el acecho y por último, en el asesinato, en el camino del huésped más estimado del anfitrión.

\*\*\*

La escena cambia. Es mil y pico de años después. Hay otro banquete, pero esta vez en Venecia.

Están sentados en la misma mesa, riendo y charlando después de haber visto la película de la coronación, los oficiales de la flota inglesa e italiana. Mussolini está encantado de honrar a los marineros que sirven a su amigo Chamberlain.

En algún lugar de las oscuras y satinadas aguas del Mediterráneo, algunos de los anfitriones están ocupados en asesinar, tranquilamente y con toda corrección a algunos de los huéspedes, al mismo tiempo que los conmensales entran en el comedor cogidos del brazo, a los acordes de la música.

Pero la guerra ha empezado. En el Mediterráneo se lucha por la ruta vital del Imperio y en el lejano Oriente por el comercio del Imperio.

César Mussolini quiere restaurar el dorado Imperio Romano de César Augusto y convertir el *Mare Nostrum*, en un lago italiano.

Bajo el agua van los asesinos a sus órdenes, cometen atrocidades por doquier.

El Japon «cumple sus destinos» en el Continente asiático, utilizando las Concesiones internacionales como trampolines para la invasión y a los Embajadores como blancos de tiro.

Pero la guerra no ha sido declarada.

ber sido perseguido durante cuatro días por barcos extranjeros, «se incendió a poca distancia de los barcos de guerra, a la vista de Argel».

19 de agosto. — Comunican de Estambul «que un submarino de nacionalidad desconocida» fué visto en el mar de Mármara, al parecer escoltando a barcos españoles pertenecientes al Gobierno republicano, pero que, a una señal de un barco de guerra turco, el submarino se sumergió.

20 de agosto. — El vapor inglés «Thorpe Bay», llevando a bordo 2.000 refugiados —la mayor parte mujeres y niños—, fué atacado tres veces por aviones facciosos en Santander.

23 de agosto. — El vapor británico «Noemie Julia» fué bombardeado por dos aviones facciosos. El barco enarbolaba el pabellón de la No Intervención.

23 de agosto. — El capitán del barco español «Anduzmendi» (torpedeado el 29 de julio) declara que el barco fué torpedeado en aguas territoriales francesas. La investigación abierta por las autoridades turcas sobre el torpedeamiento del «Armuro» ha llevado a la conclusión de que éste fué torpedeado en aguas territoriales turcas.

24 de agosto. — Frente al puerto de Burriana (Valencia) un submarino de nacionalidad «desconocida» hizo fuego, sin alcanzarlos, contra dos barcos mercantes españoles.

26 de agosto. — El capitán del barco cisterna británico «Romford», llegado del Pireo, declaró a las autoridades del puerto que había sido atacado por un avión cuya identidad no había podido reconocer, a veinte millas de la costa de Barcelona.

28 de agosto. — Los vapores ingleses «Hilde Moeller», «Stanwood», «African Trader» y «Stanbridge», fueron bombardeados por los facciosos en Gijón y sufrieron averías.

30 de agosto. — El capitán del vapor francés «Théophile Gauthier» denunció a las autoridades francesas y turcas haber sido perseguido cerca de los Dardanelos por un submarino desconocido.

31 de agosto. — El vapor español «Ciudad de Reus», procedente de Marsella y en ruta hacia Barcelona, fué bombardeado por un submarino «desconocido» a dos millas de la costa francesa, a la vista del puerto de Agde.

31 de agosto. — Un submarino, de nacionalidad «desconocida», atacó a tres barcos mercantes y una chalupa armada a la altura de Tossa de Mar (Barcelona).

31 de agosto. — El vapor panameño «Gyuri» es incendiado misteriosamente en Marsella.

31 de agosto. — A siete millas de la costa, entre Dellys y Tighzirt-sur-Mer (Argel), el barco ruso «Timiryazev» fué torpedeado por «un navío agresor desconocido». El vapor regresaba de Liverpool y se dirigía a Port Said con un cargamento de carbón.

1 de septiembre. — Este mes comienza con el ataque al destructor «Havock» por el acostumbrado «submarino desconocido».

Dúdase de que, en lo sucesivo, se declare la guerra. ¿Para qué?

El señor Attlee, jefe del Partido Laborista, al pronunciarse contra la unidad, observa conscientemente que su actitud pudiera muy bien ser diferente si nos hallásemos en guerra.

¡Insensatez! ¡Enorme insensatez! ¡Romanticismo anticuado!

¿Se figura el señor Attlee que las guerras empiezan entregándose mutuamente unos caballeros de corte, con calzón corto, unos documentos —no, misivas, es más propio—, enrolladas y con enormes sellos como un reto para un duelo?

Esto podía estar bien para 1914. Pero en estos tiempos modernos, ¿para qué?

Si se puede tomar Manchuria sin guerra; si se puede conquistar Abisinia, sin guerra; si se puede hacer de cada ciudadano en el extranjero un espía y llamar a eso organización cultural, como hizo Herr Bohle; si se pueden fortificar las Baleares y colocar cañones alrededor de Gibraltar y denominarlo ayuda a la Cruzada Nacionalista española; si se puede sembrar la muerte en todas las ciudades de una nación de 400 millones de habitantes, bloquear sus costas y dar luego a esto el nombre de «defensa propia en el sentido más amplio», ¿para qué la guerra?

¿Por qué si se puede confiar como factor seguro en las confusiones que se crean en las mentes de los Attlees, atraerse el odio del mundo llamando a todo ello guerra?

\*\*\*

Porque el mundo odia la guerra. Y el mundo podría imponer su voluntad.

El Poder está en el nombre de los Gobiernos, que son los que mandan.

Pero el Poder está también en

manos de los pueblos, que pueden obedecer o no.

La voluntad del pueblo es todopoderosa.

Los actos de los tiranos están siempre limitados por su habilidad para engañarla. Allí donde fracasan, han de titubear, sea cual fuese su poder estatal.

No es el aparato de observadores y subcomités, sino el miedo a la murmuración creciente lo que ha mantenido en sus límites actuales a la intervención de Hitler y Mussolini en España.

Stoyadinovitch, Presidente del Consejo yugoeslavo; Carol, rey de Rumania, son hombres que poseen todo el aparato policiaco de absolutismo y la voluntad de repartirse como chacales, las sobras de la mesa fascista. Sin embargo, la oposición al Concordato sacude al uno y las elecciones municipales al otro, y en todo caso amenazan las consecuencias de su abandono de la paz por la amistad de Roma-Berlín.

La revolución campesina está haciendo que estalle la máquina del Estado semifascista de Polonia al pedir la vuelta al acuerdo con las potencias pacifistas y que termine el servilismo del ministro de Negocios extranjeros, Beck, para con Hitler.

Tán sólo en un país la opinión pública es impotente como una mariposa atravesada por un alfiler.

Se dice que Inglaterra es una democracia. La jefatura laborista la ha convertido en lo contrario.

Se ha desarrollado una nueva teoría: la de que la democracia celebre elecciones cada cinco años. Que, después de eso, el partido triunfante, sea cual fuese su programa, puede hacer lo que quiera durante esos cinco años, y que para la parte derrotada es «antidemocrático» intervenir durante esos cinco años.

Esto no es democracia: es parlamentarismo loco.

La democracia es la máxima expresión del deseo del pueblo (el Parlamento es sólo un medio; en Inglaterra, uno de los muchos medios constitucionales).

Donde el Gobierno frustra este deseo de la democracia, ha de revocar su política.

Levantando la opinión pública, movilizándola la voluntad del pueblo y haciendo ver que este Parlamento no representa bien el anhelo popular, el Gobierno puede ser derribado y su política revocada, todo ello dentro de la Constitución.

¿Por qué no hace esto el laborismo?

Hace un año no lo hizo porque la política del Gobierno era justa y no necesitaba ser reformada. (Hace un año la jefatura laborista apoyó la No Intervención).

Hoy esa política no sólo nos lleva al borde de la guerra, sino que nos ha metido en ella.

La traición del Gobierno a los intereses de Inglaterra y de la paz, el sacrificio que ha hecho de ellos en beneficio de su identidad de clase con los fascistas, la repudiación deshonrosa de las obligaciones impuestas por los Tratados del Derecho Internacional y del Covenant, son bien patentes.

Su política no puede ser ya apoyada como justa. Pero ha de serlo a causa de los peligros que ha traído. Hay que facilitar al Gobierno el rearme que pide como resultado de la destrucción que ha hecho de la paz.

Mas, ¿cómo conservarán la paz las armas en manos del Gobierno Nacional?

¿Fué la falta de armas o la ne-

(Continúa en la página siguiente)



# El costo de la vida en Italia

Hay quien cree que exageramos al afirmar que el pueblo italiano es hoy el más duramente castigado por las dificultades económicas. Ciertamente al leer en los diarios las noticias de los grandes desfiles militares, de los festines y de los «carnavales» oficiales, se resiste uno a creer que, en Italia, la clase trabajadora esté luchando con el hambre. Esta trágica verdad no pueden admitirla los que van a Italia en viaje de placer con los bolsillos llenos de dólares. Estos se quedan en las grandes ciudades, asisten a los desfiles marciales —siempre a la orden del día— comen y beben al «son» de los dólares americanos y cuando regresan a América cantan las bellezas de la nueva Italia y la gloria esplendorosa del régimen. Si hubiesen ido a Italia con medios limitados y se hubieran tomado la molestia de visitar los centros pequeños y de hablar con la gente pobre, al volver a la tierra de la libertad, no hablarían ciertamente muy bien de ese régimen liberticida y de hambre.

Pero las noticias verdaderas sobre la gravedad económica de la Italia fascista llegan de fuera, a pesar de la propaganda, de la censura y de todas las malas artes a que recurre el régimen para tenerla oculta. A centenares, a millares llegan a América las cartas de trabajadores que, al comunicarse con sus parientes residentes allí, describen su estado de pobreza, sus privaciones, su hambre y su desesperación. Los trabajadores condenados a vivir en Italia maldicen el régimen y el Imperio. Muchos de ellos empiezan ya a darse cuenta de que el Imperio de Mussolini ha costado y costará muy caro a Italia. Las contribuciones del año pasado aumentaron vertiginosamente y el costo de la vida ha subido también en proporciones espantosas.

De una relación oficial de precios de los géneros alimenticios publicada por el fascio en la provincia de Avellino y enviada por un vecino de dicha provincia a un pariente suyo residente en Filadelfia, el cual nos la ha remitido, resulta que el coste de la vida ha alcanzado un nivel «prohibitivo».

Por dicha relación sabemos que:

	Liras el kilo
El pan de harina núm. 1 cuesta ...	1,65
El pan de harina núm. 2 cuesta ...	1,50
La harina nacional ...	0,90

La harina de trigo candeal ...	1,85
El arroz ...	1,65
Las habichuelas ...	1,70
La sémola extra ...	2,80
La pasta corriente ...	2,20
El tocino ahumado ...	20,00
La manteca de cerdo ...	10,00
El requesón salado ...	5,00
El queso de oveja ...	10,00
El queso sazonado ...	8,00
La mantequilla ...	11,00
La mortadela ...	8,00
El salchichón ...	14,00
El jamón ...	26,00
El aceite puro de oliva ...	10,00
El bacalao seco ...	3,50
El bacalao remojado ...	3,00
El bacalao de San Giovanni ...	5,50
El azúcar de pilón ...	6,30
El café tostado de Santos ...	34,00
La carne de vaca asada ...	5,00
La carne de vaca cocida ...	4,20
El cordero ...	5,50
El cabrito ...	3,50
El cordero lechal ...	3,50
El cerdo sin hueso ...	6,20
El cerdo con hueso ...	5,50
El tocino y manteca ...	6,50
La ternera ...	9,50
La ternera asada ...	7,50
La ternera cocida ...	5,50
Los huevos ...	0,30 uno

En esta relación faltan los precios de los artículos de vestir, muebles y alquiler de casa. Pero se asegura que han alcanzado ya cifras fantásticas.

Los números hablan un lenguaje más elocuente que todos los redundantes discursos del «duce» y sus ilustres «limpiabotas». Cuando se piensa que un obrero para adquirir un kilo de pan tiene que gastar 1,65 liras, 2,80 por un kilo de pasta para sopa y 1,70 por un kilo de judías, se llega a la conclusión de que en Italia, bajo un régimen imperial, los obreros y sus familias se mueren de hambre. El aceite, la manteca y el café son artículos de lujo y, por ello, imposibles de adquirir por la clase trabajadora.

Pero a esto contestan los propagandistas fascistas: «tenemos un Imperio».

Sí, contestamos nosotros: el Imperio del hambre.

(«La Stampa Libera», New York, 19-VIII-937.)

## El gran hispanista polaco Eduardo Boyé juzga la intervención nazi en España

### “La propaganda--dice--se ha encargado de presentar los hechos completamente distintos a como son,”

«La prueba hitlerista de una guerra relámpago, de sorpresa» en el mar Mediterráneo no tuvo el éxito que esperaban sus iniciadores. Esto no produce extrañeza a los que conocen la psicología y la historia del pueblo español. La «guerra total» ha devastado, destruido y despoblado a España cien veces «mejor» de lo que pudieran hacerlo «los experimentos más arriesgados». Las victorias parciales de los «salvadores» de la patria dieron ya sus frutos. España se está convirtiendo en el país más pobre del Mediterráneo.

Franco no pudo nunca, ni siquiera al principio de la insurrección presentar argumentos políticos que le justificasen. Queriendo descargarse de la responsabilidad de su terrible obra, actúa según el antiguo método: Pretextó la existencia de su deínciente y saca a un primer plano la propaganda que desde los cuentos medievales sobre el asesinato ritual hasta las prácticas de los nazis e italianos durante la guerra con Abisinia, fué siempre eficaz puesto que permitió evitar delicadas cuestiones sociales y políticas y justificar el terror sobre las masas titulándolo represalias contra las supuestas crueldades cometidas por el bando pacífico.

La gran guerra europea mostró a los políticos la enorme importancia de la propaganda. El «Tercer» Reich y la Italia fascista aprovecharon rápidamente esta experiencia creando Ministerios de Propaganda y haciendo de la demagogia una parte integrante del mecanismo del Estado. Según las normas modernas, cada mentira y cada falsedad han de ser precisadas hasta los detalles más nimios. Recordemos el incendio del Reichstag alemán, el incidente fronterizo de Abisinia, en virtud del cual la nación atacada figuraba como agresora y la guerra como un acto de «pacificación». Una novedad de esta propaganda de los hitleristas y de los «camisas negras» es la de volver los hechos del revés. El fascismo italoalemán suministró a los rebeldes españoles no solamente armas y efectivos, sino también «especialistas» de propaganda.

Para el fascismo, la guerra civil en España es un ensayo general de la guerra europea, desde hace mucho tiempo preparada.

La propaganda, teniéndolo en cuenta, procura achacar la responsabilidad del adversario, siempre según la receta antigua de Bismarck. Se trata, ante todo, de que

nosotros, nosotros seamos los atacados, y presenta una guerra de agresión como «pacificación» de un país extranjero.

Persistiendo en su costumbre de volver los hechos del revés, los diarios hitleristas y fascistas acusaron al Gobierno republicano de servir los planes destructores de los Soviets.

El 9 de agosto de 1936, en la inauguración del Congreso nacional-socialista de Nuremberg, el führer hizo a Europa la proposición de organizar una cruzada contra Rusia, porque el «judío bolchevique de Moscú intenta hacer la guerra a todo el mundo». En este mismo Congreso, el jefe del Partido, Rodolfo Hess, añadió, por su parte, que los acontecimientos españoles no han descubierto los fines del bolchevismo. Vemos que en muchos países se crean Frentes Populares, que, al parecer, quieren luchar por la democracia. Todo el mundo debía unirse en contra del comunismo, consciente de la comunidad de su destino. Las maniobras ideológicas en el Congreso eran de un calibre tan grueso que toda la Prensa británica habla con ironía sobre el tema de la hipocresía hitlerista. «The Times», que no siente la me-

## El pueblo norteamericano exterioriza su adhesión a España

### Imponente manifestación de protesta frente al Consulado italiano en Nueva York

NUEVA YORK. — Varios millares de personas se manifestaron ante el Consulado de Italia llevando carteles en los que se leía: «Que se retiren las tropas italianas de España». «Fuera la piratería italiana», y otros en favor de la paz y contra el fascismo.

Los manifestantes entonaron canciones proletarias y lanzaban gritos hostiles para el Gobierno italiano. No hubo incidentes. Se montó un importante servicio de orden.

nor simpatía por el bolchevismo, decía el 26 de agosto de 1931: «El retrato de Rusia soviética pintado por Hitler y sus camaradas, no es exacto. Rusia soviética, territorialmente, no tiene nada que ganar, por lo tanto, la agresión militar en este momento no puede estar en la línea de su política.» Este mismo número de «The Times» preguntaba si Hitler, en realidad, se sentía amenazado por el espíritu de la revolución. «Si es así, entonces que no alimente el espíritu revolucionario en Alemania con los armamentos febriles y la política de privaciones, cuya expresión llegó a ser la famosa fórmula de Goering: «Mejor es tener cañones que mantequilla.»

En Inglaterra y en Francia, la propaganda de los rebeldes españoles organizó el «putsch» para adelantarse a la revolución comunista preparada. En las elecciones de diputados a Cortes, que aseguraron la victoria del Frente Popular en el Parlamento, los comunistas ganaron once puestos, o sea menos de los que tienen los comunistas franceses. Si Hitler y Mussolini no anunciaron una cruzada contra Francia, fué solamente porque todavía le tienen miedo. En cambio, dentro del III Reich, el Dr. Goebbels, que por lo visto confía de manera ilimitada en la doctrina de las fronteras herméticamente cerradas, utiliza un medio mucho más sencillo: «Los generales españoles no provocaron, ni mucho menos, la rebelión (silencia la insurrección militar del 18 de julio). El Gobierno republicano fué el que desencadenó la guerra civil» («Moskau der Hender Spaniens», «Moscu verdugo de España», Munich 1936. Eher Verlag. —Edición Eher.)

Cuando los alemanes anuncian una cruzada —escribía en «Le Figaro», con ocasión del Congreso de Nuremberg, el publicista de derechas H. de Kirillis—, permanecen fieles a su método y a su tradición política. No quieren destruir el comunismo, sino a Rusia y luego a Francia, como únicas naciones que pueden frenar sus planes de expansión. Si un día Alemania considerara que había llegado la hora de proponer a Rusia un nuevo reparto de Checoslovaquia y Polonia, descubriría inmediatamente grandes cañidades en los gobiernos bolcheviques, recordaría con orgullo los tiempos en que en un vagón precintado trasladó a Lenin a Rusia a través de Alemania, recordaría el Tratado de Rapallo y establecería un paralelo entre Moscú y Berlín. Por eso nunca hay que tener confianza en Alemania...

¿Y de dónde es esta amistad repentina hacia España? Tiene una explicación. Cada vez que Franco necesita ayuda, el Tercer Reich le arranca alguna concesión.

Hitler contesta solemne al grito de alarma cuando el general sublevado cede ante una nueva pretensión. Cuanto más se prolonga esta guerra, cuantas más ruinas y cadáveres acumula, tanto mejor prepara un lugar libre para los sustitutos germánicos. De esta táctica tenemos que sacar dos consecuencias: que los alemanes desean hacer de España una colonia, finalmente que desde antiguo tratan de conseguir, y una vez lograda, restaurar la conjuración histórica del mundo germánico con el ibérico contra Francia. Si nuestra diploma-

cia quiere evitar este golpe, tiene que poner en pie a todo el mundo.

Este mismo H. de Kirillis, en su discurso en la Cámara de Diputados (5 de septiembre de 1936), dijo estas justas palabras: «La paz es una herida mortal para el fascismo».

Y ahora, la voz característica del órgano vaticanista: «Hasta el presente, se trataba de la lucha contra el comunismo dentro de Alemania. Ahora, el anticomunismo se convierte en un factor de la política extranjera. El nacionalsocialismo ha ampliado la esfera de acción antibolchevique: Hace de Moscú un instrumento para destruir Versalles» («Osservatore Romano», 8 de agosto 1936).

Indudablemente la agresión de Mussolini a Hitler, contra España iba acompañada de ciertas razones ideológicas; la existencia del Gobierno español del «Frente Popular», junto al Frente Popular francés no convenía a los dictadores. El ejemplo de España y Francia podría despertar ideas peligrosas en las masas italoalemanas.

Basta recordar que, después de las elecciones francesas, Mussolini tuvo que aumentar los jornales de los obreros en un 15 por 100.

## ¡Diez buques...

(Continuación)

gativa de Simon al ofrecimiento de colaboración hecho por los Estados Unidos, lo que permitió a los japoneses apoderarse de Manchukuo?

¿Fue la falta de armas o el plan Laval-Hoare lo que impidió a las naciones salvar a Abisinia?

¿Es la falta de armas lo que impide proteger a los buques mercantes ingleses, o evacuar a los refugiados lo que hizo que se rechazase la propuesta soviética de colaboración para mantener la paz en Extremo Oriente cuando Lyons propuso el pacto del Pacífico, y lo que permitió al muñeco de Inglaterra, Portugal, permanecer fuera del control de la No Intervención?

¿Qué arma es mejor —técnica y militarmente— contra el fascismo?

¿Un barco de guerra, diez barcos de guerra, 100 batallones, 1.000 aviones bajo las órdenes de Chamberlain, el amigo de Mussolini, o la alianza con todas las fuerzas pacíficas, con la Unión Soviética, con las 65 naciones que condenaron la agresión italiana, con las 23 naciones que se opusieron al compote fascista para reconocer a Franco en el Comité de No Intervención, con los campesinos de Polonia, de Rumania y Yugoslavia y con los héroes anónimos de Alemania, Italia y el Japón?

Concretamente: ¿Qué desviaría, con más seguridad la marea del fascismo, qué extinguiría mejor el fuego creciente de la guerra, qué acercaría más el triunfo de la democracia, diez barcos de guerra para Chamberlain o el aplastamiento del Gobierno Nacional y su sustitución por un Gobierno de todos los sectores ingleses, comprometidos para defender al Gobierno y para participar en la seguridad colectiva?

Sólo se puede dar una respuesta. Y si es así, ¿por qué apoyar a Chamberlain?

(«Daily Worker», 4-9-37.)